

Ginebra, 11 de julio de 1974

Querido amigo:

He recordado a menudo con agrado la tan generosa hospitalidad que recibí de Vd. durante nuestro corto encuentro del mes de abril: hospitalidad generosa por recibirme en su casa, desde luego, con sacrificio para Vd. por presentarme a Priscila, de quien guardo un amable recuerdo y que me habría gustado conocer más, por mostrarme algunas de sus películas que me parecieron de verdadero interés, sobre todo por el tiempo que dedicó a comentar y discutir mis proyectos filosóficos. No recibí antes de verme, por desgracia, su Cambio de marcha en filosofía, que me habría gustado poder estudiar este verano para ver el modo como podría hacer uso de él en el curso que proyecto para el semestre próximo (ya encargué creo que 20 ejemplares). Recibí, sí, en cambio, con afectuosa dedicatoria, su Cine sin filosofías y leí antes de verme el “guión” de las que vimos en esa velada en casa de Priscila. Sin desconocer el mérito plástico, poético de las otras, tengo una señalada preferencia por The Call, tal vez porque, desmintiendo el título del libro, sea precisamente cine con filosofía, por plantear el problema de qué es lo real y cuál es el criterio con que se le define. Por lo mismo, la película puede ser “leída” de muchas maneras y hasta se le puede hacer decir una casa ese día, acaso con unas pocas modificaciones, según la concepción de la opera aperta que yo defendía esa noche mientras comíamos y que, sin embargo, Vd. rechazaba. Desde luego se la puede ver según la teoría de un perspectivismo múltiple, en que cada perspectiva recusa a los otros y en que sólo triunfa la que logra cierto consenso “intersubjetivo”. Ello no impide que, aun quienes participan de este consenso y por ello pueden sentirse confirmados por los otros e “instalados” en la realidad, logren atisba a ratos, como el médico de su película, la precariedad que afecta a tal consenso y por tanto al mundo en que creen moverse. Esta lectura posible y la llevaría más lejos, en la dirección que le indicaba cuando Vd. me iba a dejar a la estación de Filadelfia. La que le propongo es una basada en el concepto marxista de “clase dominante”, llevado también más allá del uso que de él han hecho un general los marxistas. No se trata sólo de que las ideas de la clase dominante sean las ideas dominantes de una época. Pues ocurre que a través de estas “ideas” se define socialmente lo que es real, se traza el deslinde entre lo real y lo imaginario o ilusorio, y por ende también entre lo realizable – la proyección que lo real pueda tener por nuestra iniciativa hacia el porvenir – y lo que no admite esta proyección, mero wishful thinking. Utopía o [enmeño?]. De aquí la dificultada de la empresa revolucionaria: ella tiene que comenzar por una nueva definición de la realidad, por indicar hacia porciones fragmentos de la realidad que las ideas de la clase dominante, impuesta a la sociedad por el sistema escolar y por todos los otros medios de que se dispone, dejan fuera, y cuya incorporación desordena el cuadro; y ha de continuar indicando cómo esa visión fragmentaria predominante corresponde, en último término, a determinados intereses, resulta a la postre provechosa para ciertos sectores privilegiados de la sociedad, aunque, desde luego, no todos los que las divulgan obtengan personalmente provecho de ella; por fin, ha de mostrar cómo esa visión truncada de lo real represente en el ámbito de lo socialmente posible y realizable. En nuestro tiempo, son pocos los hombres que son capaces de poner en cuestión, a través de las ideas dominantes, la definición prevaleciente de la realidad, como lo han hecho los grandes filósofos y también los artistas (de aquí el carácter subversivo de la cultura superior, señalado desde luego por Marcuse, la suspicacia con que sus creadores son tratados por la sociedad en general, con independencia de las opciones propiamente políticas de ellos, las que suelen ser muy conservadoras). Creo que son pocos porque hay ya definiciones de lo real, diferentes en cierto grado de la que prevalece en los países capitalistas, aceptadas por otras sociedades que se dicen “socialistas”, pero que están ya parcialmente integradas con aquélla. La pereza contribuye a que nos ahorremos la labor, siempre peligrosa, de un cuestionamiento radical: se es revolucionario sólo por

adhesión (a la U.R.S.S., a China, a Cuba, etc.), lo cual evita la invención, como sinónimo de hallazgo. Me parece que esto se relacione con un tema que me aproxima nuevamente a su película. Durante siglos, los ideólogos de las clases dominantes fueron los teólogos, los moralistas y los juristas, y en menor medida los filósofos, los hombres de ciencia y los artistas. En todo caso, el énfasis de la ideología estaba puesta sobre todo en lo socialmente (o religiosamente) aprobado o reprobado, en lo que era tenido por bueno o malo, en lo permitido y lo prohibido. El médico no desempeñaba un papel importante, aunque sus servicios fueran requeridos en momentos de alto riesgo para la vida. En ausencia de este riesgo, o una vez ya pasado, puesto que operaba la secular división árfico-platónica de alma y cuerpo, su papel era reducido por la sociedad al de un mecánico del cuerpo, este instrumento imperfecto y rebelde cuya paralización implicaba que el alma ya no podría seguir viviendo “en este [rumor]?”. Así fue hasta que apareció con la psiquiatría, con el psicoanálisis, con Freud y sus discípulos, el médico del alma. Ciertamente, la suerte de Juana de Arco en la historia dependía del desenlace de la guerra de cien años. Si los ingleses imponían en ella sus pretensiones, pasaba a ser una bruja, como tal bien quemada en la plaza de Ronen. Si los franceses les expulsaban, había que revisar su proceso, rehabilitarla, convertirla en un símbolo de la nación francesa emergente y, a la postre, santificarla. La conducta ambigua del personaje histórico – pienso en su retractación- se prestaba para una u otra versión. Pero en todo caso, tanto en el proceso judicial a que fue sometida como en el proceso histórico ulterior sobre lo ocurrido no se ponía en duda, no se podía entonces poner en duda, que Juana, en efecto, había sido interpelada, que voces ultraterrenas le habían ordenado una cierta conducta. La ideología de la época sólo daba margen para discutir si tales voces, cuya realidad no era cuestionada, eran de origen diabólico o divino. En nuestro tiempo, la ideología al uso permite poner en duda la aptitud de una conciencia individual para aprehender la realidad que la conciencia social define. No es, pues, de extrañar que en la U.R.S.S. las sentencias judiciales de las célebres purgas hayan sido substituidas por diagnósticos psiquiátricos, mucho más eficaces puesto que en ella no hay derecho de defensa, juicio público ni apelación, que la pena se transforme en “tratamiento”, y, en suma, la inyección en la vena pasa a ocupar el lugar del tiro en la nuca. Todo ello es objeto de escándalo y de protestas en los países capitalistas. Pero no se advierte en éstos que, de un modo más insidioso y sutil, los psicoanalistas vienen realizando desde hace ya varios decenios una labor semejante, al declarar neurótico al “inadaptado” (inadaptado a qué?) a ciertas concepciones e imperativos previamente definidas por la sociedad), y al fijar como meta del tratamiento es anhelada adaptación del pretendido enfermo a las concepciones e imperativas, a los modos de vida que son el matrimonio patriarcal monogámico, el trabajo regular en actividades socialmente aceptadas. Hoy se obtienen los mismos resultados por la psicología de los reflejos. Pero acaso la curación más radical pudiera consistir en hacer participar al pretendido enfermo en una labor revolucionaria o en la de una comunidad en que se afirmaran formas diferentes de vida, en suma: en cuestionar, personal o colectivamente, aquello a lo que no logra adaptarse para procurar en cambio adaptar la realidad a sus propias, a menudo inexpressadas, exigencias. Si hubiera de recibir su película como opera aperta, yo mostraría al médico desechando rápidamente, con el concurso de sus colegas, con el recurso a su prestigio, con los hábitos de la conducta cotidiana, sobre todo con el fuerte apoyo que le presta la institución y tras ella la sociedad en su conjunto, esa leve duda que en él introdujo su paciente. En cuanto a ésta, veo dos vías: la de ceder ante la presión social que la obliga a aceptar que el llamado fue alucinatorio, confirmar así el diagnóstico que sobre ella ha recaído, o bien – pero éste sería el tema de otra película-, logrando afirmar que el llamado es real, que corresponde a un propósito, aunque más no sea el de afirmar que hay más cosas en el mundo de las que caben en la filosofía de las instituciones psiquiátricas y de la sociedad a la que sirven.

Verá Vd. que esta carta se ha convertido en un modo de seguir conversando con Vd., de continuar lo que apenas alcancé a esbozarlo durante mi corta estada en Filadelfia. Tendré que agregarle mucho más para hacerle claro que mi nueva adhesión a muchas concepciones de Marx no es una desviación de lo antes pensado y expresado – y del criterio de verdad basado en la totalización final de la propia experiencia-, sino una prolongación de ello.

Espero noticias tuyas, espero su cambio de marcha. Espero sobre todo que Vd. y Priscila no olviden que tienen amigos deseosos de verlos en Ginebra y Puerto Rico.

Un abrazo afectuoso de su amigo

[Signatura]

P.S.- Dirección en Ginebra: 121 rue de Lausaune, Appo. 21, 1202, Genève, Switzerland; tel 32-87-38

¿Le parecería de algún interés el que escribiera una breve reseña sobre su Cine sin filosofías con énfasis sobre algunos problemas que en el espectador suscita The Call? Le envió la continuación de mis comentarios-refutaciones del Libro blanco de los militares chilenos (la última se publicará en septiembre). Preparo un ensayo titulado Lección de Chile, que espero terminar este mes. Con ello, daré por terminada mi contribución a este tema. Olaso, en carta reciente, me pide saludarlo.